

El día había sido sumamente caluroso, el termómetro había rebasado los 40°, la tarde se hizo insoportable por el gran bochorno que la invadía, sólo unos grados menos seguían marcando los termómetros, la gente había salido a los merenderos y Bares de los alrededores de la Ciudad, con la intención de buscar un lugar fresco; por tal motivo, las calles de la capital se encontraban desiertas, los escasos viandantes que se veían, lo hacían caminando lentamente, agobiados por el caluroso ambiente, que ofrecía este sofocante día de agosto.

Yo, con igual deseo de conseguir un lugar fresco, caminaba por sus calles, en esa noche imposible de conciliar el sueño.

Observé como en varias calles, pequeños grupos de personas, movían unas luces rojas, como señales intermitentes, pero no les di importancia, ya que mi rumbo, sin destino, era sólo buscar un sitio fresco. Al fin llegué a la Plaza del Pilar, lugar éste en el que siempre he observado desde hace largos años, es de los puntos más frescos de Ciudad Real, tanto en el verano, como en los fríos inviernos, allí me senté en un banco frente a la estatua ecuestre de D. Quijote, era ya noche avanzada y las escasas personas, que ocupaban otros bancos, se fueron retirando lentamente. Yo miraba hacía la estatua y con gran sobresalto por mi parte, pude observar, que la figura de D. Quijote se inclinaba en su caballo y dirigiendo su rostro hacia mí, me hacía señales con la mano que portaba su escudo, para que me acercara. Me puse en pie y quede quieto y temeroso, volví a insistir con su mano y ello me hizo, aún con cierto temor y respeto, pero con mayor curiosidad, avanzar y situarme casi debajo de la estatua. Entonces con toda claridad y ante mi asombro, pude escuchar de sus labios ¡por favor ayúdame a descabalar y a su vez líbrame, aún por corto tiempo de mi adarga, escudo y armadura, que con este día, en verdad te digo buen amigo, se me hace difícil soportarlos. Ante la dulzura de sus palabras y el gesto de cansancio de su rostro, sacando fuerzas de mi asombro, le ayudé a todo aquello que su merced solicitaba.

Una vez desembarazado del peso que soportaba respiró profundamente y dio unos rápidos pasos hacia los árboles de la Plaza y dijo, dirigiéndose supongo a los pájaros que en ellos descansaban, «Que felices dormís entre las hojas verdes, que su frescura os ofrecen noche y día» y luego en dos grandes zancadas, se puso a mi lado y comentó: desde este centro de la Plaza que ocupo, desde hace años, observo muchas cosas, que te iré contando, ahí, en esa calle que llamáis del General Aguilera y que dicen es peatonal, veo como diariamente niños en bicicletas, adultos y algunos mayores, con el consiguiente peligro que ello representa, para quienes por ella circulan tranquilamente por decir es «Peatonal». El otro día, una señora muy hermosa criticaba a un adulto que iba en bicicleta y que había estado a punto de arrollarla y éste le contestó que se podía circular, por estar autorizado -inaudito- yo no lograba comprenderlo y a no ser porque el calor me resta fuerzas en estos días, hubiera arremetido contra él, en favor de la hermosa señora.

Asimismo escucho cada día, que los conductores de los autobuses urbanos, siguen negando el facilitar en los mismos, el Bono-Bus a los mayores para su mayor comodidad, pero a

ellos no los culpó, pues tengo la seguridad que están sufriendo algún encantamiento, por parte de algunos malandrines.

Cogiéndome con su delgado pero fuerte brazo por el hombro me dijo :

**Sigamos caminando buen manchego**, para desentumecer mis piernas y al paso llenaremos este cubo, que han dejado olvidado unos trabajadores y demos agua a Rocinante, que está más que «reseco».

Como verás, seguía diciendo D. Quijote, en esta plaza no tenemos fuentes, las que hubo, hace tiempo fueron retiradas, por ello nos vemos en la obligación de caminar hasta la Plaza Mayor, donde he oído decir, que tenéis una, pues la capital está muy necesitada, tanto de fuentes para beber, como de fuentes para embellecer la ciudad.

Mira, mi amigo, decía D. Quijote, a nuestro paso, ante un grupo de trabajadores en la calzada, esos están haciendo algo de verdadera necesidad para la capital, están pintando los pasos de cebra y bordillos de las aceras, esto me hizo recordar que al iniciar mi paseo aquella noche, había visto en diversas calles grupos de personas, a los que no había concedido su importancia a tan magnífica labor y recordé, que hacía unos meses en una capital de Andalucía había visto pintar de noche las señales de tráfico, lo que instigó mi curiosidad y pregunté el motivo de realizar éste tipo de trabajo de noche, a lo que me respondieron que resultaba mucho más cómodo y rápido el hacerlo, toda vez, que existía a esas horas un tráfico sumamente reducido y con el secante de la pintura impermeabilizante que utilizaban, en unión de la tempera

tura veraniega, al amanecer se encontraban perfectamente señalizada la Ciudad ante el contento y regocijo de foráneos y visitantes y ni que decir tiene de conductores y PEATONES. Charlamos unos momentos con los trabajadores y seguimos nuestro paseo, hasta conseguir el agua que saciara la sed del famoso caballo; regresamos y Rocinante bebió hasta acabarlo, después relincho suavemente dos veces y yo pensé que intentaba agradecerlo.

D. Quijote con serena voz, me rogó le ayudara nuevamente a vestir su armadura y colocar sus armas, a lo que de mil amores accedí para posteriormente ayudarle a sentar sus posaderas sobre Rocinante. Una vez acoplado, inclinó su cabeza en señal de agradecimiento y me dijo : "En otra ocasión te seguiré contando cosas que escucho desde mi privilegiado sitio y otras que con mis propios ojos veo, en mis nocturnos paseos por la capital", que aprovechando te diré que está mejorando muy mucho o como decís ahora «progresando velozmente». Le miré en silencio fijamente, pues seguía desconcertado y caminando de espaldas, sin dejar de mirarle, me iba retirando lentamente, cuando sentí cerca de mí oído la voz dulce de mi esposa, que decía; "es que hoy no piensas levantarte", salté de la cama, como impulsado por un muelle y poco tiempo después, me di cuenta que había sido un sueño maravilloso. Momentos después, bajo la ducha, sonreía y pensaba, que bello es soñar, cuando los sueños nos llenan de felicidad, de verdad que es bello soñar.

Después salí a la terraza, desde donde veo cada día varios pasos de Peatones, seguían igual, borrados, sucios, todo seguía igual, ¿Cuando, me pregunto, mis sueños serán realidad?.

M. de Morales



Litografía. Pablo Picasso